

Nº 91

(seg. L. P. 4<sup>a</sup>)

1. 23  
Filosofía medica.

Metodo filosófico demostrativo.



# DISCURSO

LEIDO

**EN LA UNIVERSIDAD CENTRAL**

POR EL LICENCIADO

**D. EUGENIO MIGUEL Y MIGUEL MONASTERIO,**

EN EL ACTO DE RECIBIR LA INVESTIDURA DE DOCTOR

EN LA FACULTAD DE MEDICINA.



MADRID :— 1869.

IMPRENTA DE D. F. SANCHEZ Á CARGO DE D. A. ESPINOSA,  
Plazuela del Conde de Miranda, núm. 5.

U/Bc LEG 1-4 n°91

HTCA



1>0 0 0 0 2 6 3 6 0 7

*UVA. BHSC. LEG 1 4 n 91*



EXCMO. E ILLMO. SEÑOR:

**RESPETABLE CLAUSTRO:** No os pido indulgencia, ni para mi pobre y necesitado trabajo, ni para mi personalidad. La sabiduría siempre fué indulgente, y á sábios me dirijo. Dudar de vuestra benevolencia, sería criminalidad, y yo no lo soy voluntariamente.

Voy, pues, derecho y confiado á desempeñar mi, para mí, grave y difícil cometido; dichoso, si al fin no os he cansado.

Non excoGITandum neque flagendum,  
sed invenIendum quid natura faciat aut  
ferat.

(BACON.)

Desde que la imprenta, desde que ese verdadero sentido intelectual, revelado al hombre por otro hombre privilegiado, que nos hace conversar hoy con los Homeros y Cicerones de ayer, y á los Homeros y Cicerones de hoy, con los venideros que á su vez conversarán con nosotros, y que suprimiendo el tiempo como el vapor ha

suprimido las distancias, ha propagado con una generosa profusion todos los conocimientos humanos por las mas remotas regiones del globo; han aparecido tantos escritos médicos, ya originales, ya traducidos, con rumbos, asuntos, tendencias y máximas tan raras, varias, sorprendentes y hasta extraordinarias, producidos los unos por la sórdida especulacion, los otros por la pasajera y deleznable moda, epidemia de nuestro siglo; aquellos por el deseo de singularizarse y agrandar al público, conquistando tan vana, como pasajera aura; estos por el espíritu de particularidad y fatal preocupacion hácia doctrinas de orópel, mas relumbrantes que útiles; no es maravilla que de tal confusion y enojoso laberinto haya nacido como de enturbiada corriente el cristalino método FILOSÓFICO QUE DEBE PRESIDIR Á LA INVESTIGACIÓN, COMPROBACIÓN Y DEMOSTRACION DE LAS VERDADES EN MEDICINA, objeto del presente discurso.

Para investigar, comprobar y demostrar, son necesarios los sentidos: mas no se crea por esto que lo que constituye al hombre sean solamente los sentidos, pues tambien los animales los tienen, y algunos infinitamente mas fuertes, mas infalibles que los nuestros. Lo que especialmente constituye al hombre es el pensamiento; pero mientras este pensamiento no se revele á sí mismo y á los otros por la palabra, existe en nosotros como si no existiera. Mas la palabra no es el pensamiento, sino la manifestacion necesaria y simultánea de él. Mientras un hombre no pueda decir, yo pienso, no ha pensado, ha soñado; ha tenido instintos, no ha tenido ideas; ha sido inteligencia sin duda, pero inteli-

gencia cautiva, dormida en la noche de los sentidos, semejante al fuego, que agoviado por la ceniza, duerme en ella sin salir antes que la chispa; la chispa, que forma la llama del pensamiento, su luz, su libertad, su actividad en la especie humana, es esa facultad verdaderamente divina, intermediaria entre el hombre y Dios: la palabra, esa revelacion del alma, al alma que Dios solo pudo hacer, su obra, su misterio, la revelacion de ella misma. Desde el dia en que la palabra se escribió, el género humano, en perpétua conversacion consigo mismo, á pesar de la distancia y á pesar de la muerte, llegó á estar presente en todos los tiempos; enriqueció lo pasado, cultivó lo presente y elaboró lo porvenir; escribió sus ideas, sus ciencias, sus artes y sus creencias, inmovilizó sus ideas fugitivas, hizo manuscritos é instituciones, resumiendo la civilizacion del globo en libros.

Es cierto que con tan preciosos y hoy indestructibles medios alejamos las preocupaciones que la tradicion, supersticion ó ignorancia tienen arraigadas en la plebe, impidiendo el libre uso de las máximas inconcusas de la ciencia de Esculapio; pero no se halla compensada esta ventaja con los perjuicios diarios, que se han observado resultar á la salud pública de tantos métodos, tantos sistemas, tantos tratados particulares y especiales, escritos sin discernimiento, critica, ni notable invencion, cuya universalidad empeñada y encaprichada se ha esforzado en querer comprobar con preparadas observaciones de gabinete, prácticas falsas, inciertas ó dudosas, que han producido millares de victimas; sin tener en cuenta, que si la sinceridad y buena fé son para el co-

mun de los escritores un punto de honor, para el médico son tan sagradas como inviolables: *boni viri nullam oportet causam, præter veritatem.*

La comparacion que nos incita al conocimiento de las cosas, nos dice lo que la medicina ha adelantado en este último medio siglo, bastando para persuadirnos de esta verdad, el bosquejado cuadro de la medicina anterior con el presente, afirmando los rápidos progresos que nuestra ciencia ha hecho en manos de los modernos escritores; pues que si algunos, ó por condescendencia con el público, arrastrados del espíritu de novedad, ó por querer sobresalir al resto de los demás, han escrito libros dignos de un severo exámen y una justa proscripcion, otros han por el contrario enriquecido la medicina con obras aun superiores á las que antes gozaban del mayor aprecio, teniéndose casi por inimitables y únicas en su especie.

Los verdaderos filósofos, enemigos irreconciliables del espíritu de partido, solo reconocen como segura guia la verdad á quien prestan adoracion cuando la hallan, no perdonando medio ni fatiga para encontrarla cuando se aleja de su vista. La verdad sola, ese soberano bien de la naturaleza humana, debe ser el norte de todo investigador concienzudo, es el titulo que mas ennoblece á todo observador, el que mas se ambiciona; pero ciertamente y por desgracia, el que menor número de afortunados cuenta. Hay ciencias, dice Hipócrates, cuyo conocimiento es muy difícil adquirir, su adquisicion es muy ventajosa á los que la ejercen: el bien que de esto resulta se estiende tambien como comun ventaja á la so-

ciudad; pero no por esto su adquisicion es menos penosa: entre estas ciencias se halla colocada la medicina; siempre tiene delante objetos lastimosos que contemplar, siempre motivos desagradables que lamentar: el médico almacena las lágrimas y los ayes de los demás, mas consigue, no pocas veces, aliviar las penas, calmar los dolores y alejar el término fatal, conservando el hilo de una vida preciosa, que la muerte, con su horrible guadaña y en edad prematura, trata de cortar: estas son sus victorias, estas sus dulces satisfacciones, conseguidas siempre con grande abnegacion y siempre con graves dificultades de escaso reconocimiento, y desapercibidas del comun de los hombres.

Las enfermedades, acompañadas del mayor peligro, se conciben mejor por el pensamiento que por el arte: hê aquí la filosofía acreditando verdades de la ciencia. Los primeros que adquirieron algun nombre en la ciencia de curar, lenta en su marcha, difícil en sus investigaciones, complicada en sus relaciones, necesariamente informe, limitada á una ciega esperiencia y aun á las inspiraciones del instinto, se permitieron tan solo hacer curas ligeras, aplicar algunas cataplasmas hechas con vino, aceite y harina: eran cirujanos empiricos, que aun no racionaban sobre las circunstancias de las enfermedades, reiterando, cuando eran dichosos, las mismas maniobras en otros casos que creian semejantes, siendo generalmente errores los frutos recogidos de tan dudosa práctica: mas esta práctica, por sencilla que en su infancia apareciese, obligó á tomar un partido en casos parecidos; de aquí el principio de reflexion, origen del

método filosófico que hoy se aplica con mayor pompa, y tal vez con menos fundamento.

Nunca la medicina estuvo reñida con la razon ; una tentativa atrevida es el origen de una reflexion mas segura que el mejor razonamiento. Todos los dias nos vemos obligados á intentar diferentes vias para conseguir iguales resultados ; la medicina es individual, sus preceptos generales, modificados por la personalidad.

Aunque los primeros médicos fuesen necesariamente empiricos, porque aun no habian recogido suficiente número de datos para establecer principios, prueba sin embargo su hábil cuanto humanitaria conducta, que la práctica de la medicina no era puramente arbitraria ; la reiteracion de los mismos ejemplos ú otros semejantes les obligó á seguir su justificado derrotero : en ello se interesaba su reputacion, y los buenos resultados obtenidos necesariamente se convirtieron en principios, en razones de su teoria médica y de su esperiencia ; la observacion atenta de los hechos les impuso ciertas y determinadas reglas que debieran seguir con fidelidad, siquiera todas ó la mayor parte pertenecieran á su higiene, por donde la ciencia debió empezar.

Segun que fueron recogiendo y multiplicando las observaciones, se fueron presentando y apreciando las diferencias y particulares circunstancias que las acompañaban : la medicina entonces era como un árbol que se repite en muchas ramas de ignorado valor, sin poder distinguir las destinadas á llevar frutos de las que solo producirán leña. Mas tarde se hizo una especie de catálogo de las enfermedades mas comunes y de los reme-

dios mejor comprobados; se pensó, se reflexionó sobre ellas, y se apreciaron los síntomas que el raciocinio y la experiencia fueron reuniendo en doctrina.

Mas, fácilmente se comprende que las primeras observaciones no pudieran ser bastantes para formar doctrinas, ni que el escaso raciocinio de sus apreciadores apenas tuviese parte en su formación; las ciencias solo adelantan cuando el espíritu humano se recoge en sí mismo, denunciando sus hechos la suprema inteligencia, que en sus arranques sublimes, desarrollo de su inmensa fuerza y timbre del destello divino del Hacedor Supremo, las contempla y sigue en sus diferentes evoluciones.

La experiencia nos enseña que el espíritu humano permanece tan limitado cuando ignora la manera de apreciar sus propias facultades y raciocinar sobre los descubrimientos, como cuando trata de razonar antes de conocer los hechos: he aquí el fundamento en que se apoya la larga duración de los tiempos bárbaros, que aun y por desgracia suelen reproducirse, aunque por fugaces intervalos.

Los sucesivos descubrimientos, las nuevas investigaciones se auxiliaron y esclarecieron mutuamente, dejando entrever los lazos de union y de relaciones tan intimas como directas entre los casos individuales; mas el raciocinio solo podia considerarse entonces como una teoría congetural, la duda un seguro principio de saber y raciocinar, y el raciocinio el esclarecimiento de la duda que le habia hecho nacer. El raciocinio, pues, hijo de la experiencia y de la observacion, ha sido, es y será la única, la genuina fuente y origen del método filosófi-

co que debe presidir á la investigación, comprobación y demostración de las verdades, así médicas como de todas las demás ciencias.

Para que el raciocinio, hijo de la observación y de la esperiencia, nos proporcione los opimos frutos que de él justísimamente nos prometemos, ha de partir, entre otros, del perfecto conocimiento de la naturaleza en general y de la del hombre en particular: solo del exacto conocimiento de la naturaleza procede el conjunto de los que al médico deben adornar para investigar, comprobar y demostrar las verdades de su ciencia.

No podemos ocuparnos de la naturaleza en general, ni de la apreciación de los atributos particulares de los seres que la determinan.

El hombre, obra de una inteligencia suprema como toda la naturaleza, es un compuesto de un cuerpo y de un principio inteligente, invisible, que forma parte de él mismo: á medida que aquel crece, este se desarrolla y perfecciona hasta la muerte.

Con una complicada organización de sólidos, líquidos y gases inimitablemente dispuestos como la perfecta é inimitable obra del Criador, goza el ser de cumplida y perfecta salud por su admirable equilibrio: el desequilibrio produce necesariamente el desórden, la enfermedad y la muerte, atributo, fatal resultado obligado de su misma constitución, porque todo aparece y desaparece por la misma ley. Esta multiplicidad de principios tan íntimamente dependientes y relacionados los unos con los otros; esta circulación jamás interrumpida de líquidos que van y vienen sin cesar del centro á la circunfe-

rencia y de la circunferencia al centro; estas alternadas ganancias y pérdidas indispensables de sustancia, destruida con tanta mayor prontitud cuanto mas fácil es su apropiacion; este *quid divinum* que es el alma de todos nuestros movimientos y acciones, se convierten con harta frecuencia en causas destructoras de nuestra salud y producen la enfermedad.

Las operaciones de la naturaleza están determinadas y presididas por el Ser Supremo, que en ella ha reunido todo lo mejor, dándonos tambien la inteligencia necesaria para imitarlas, hasta cierto punto y con cierta limitacion; mas guardémonos, imitadores ciegos, de contrariar sus leyes por falta de raciocinio, basado en la experiencia y la observacion: este nos dice que aunque el principio inteligente sea igual en su origen para todos, y que el hombre resulta de la reunion de este principio y del principio material, fácilmente se comprende que de la diferente proporcion de estos principios ha de resultar necesariamente la diversidad de individuos, de sentimientos y aun de particulares tendencias é inclinaciones; las causas productoras de las enfermedades impresionarán de diferente manera la variada individualidad, y la variedad del natural y del temperamento en los diferentes seres nos obliga á considerar, á raciocinar, meditar, observar y comprobar de distinto modo tan atendibles variedades.

Busquemos en los hechos un apoyo para las teorías, á fin de que la facultad distintiva del hombre no degeneré en juego ridiculo de palabras retóricas, ó en charlataneria de sofismas.

Los hechos son la base fundamental de todas las ciencias. Jamás merecerán este nombre todas las especulaciones hipotéticas: jamás debe aceptarse un sistema, por mas seductor que parezca, sin haber pasado antes por el crisol de la esperiencia: gracias á la hoy general tendencia hácia el positivismo, no gozan los delirios de los filósofos, de los metafísicos ni de los médicos el privilegio del entusiasmo, cualquiera que sean las seductoras y elegantes formas de su elocuencia, ó el apoyo de las llamadas grandes autoridades, sin haber sido antes aquilatadas por la esperiencia y el raciocinio.

Para que un sistema sea aceptado con favor y reconocimiento, es preciso que sea el fruto, el resultado del estudio de la naturaleza basado en la esperiencia y en la observacion; huyamos, sin embargo, de interpretarla mal, de desfigurar sus hechos, pues esto valdria tanto como sembrar las ciencias de las opiniones mas contradictorias por haber observado mal y presentado los hechos con mala fé.

Es una verdad reconocida, que solo nos instruimos por los sentidos; ya los antiguos reconocieron y confesaron esta verdad consignándola en sus escritos; pero dejándose arrastrar con lastimosa frecuencia de su viva imaginacion, dejó de ser en su mano productiva: á la filosofia moderna pertenece la gloria de su resplandor, así como sus ventajosos resultados á nuestro siglo; una vez convencidos que la sola manera de adquirir una sólida instruccion es la de investigar, comprobar, examinar estos mismos materiales, solo queda un problema por resolver, y es, la oportuna ocasion de someter

al ejercicio de nuestros sentidos estos mismos materiales.

Es inconcuso para los que tratan de comparar y juzgar sin preocupacion, que no puede conocerse bien sino viendo, siendo sorprendente que tan clara y sencilla idea haya sufrido el tormento de Tántalo, principalmente radicado en la pensadora Alemania.

Para hacer resaltar la verdad de una filosofia profunda, entremos en algunos detalles que disiparán cuantas dudas pudieran suscitarse.

¿Puede, cuando faltan, la imaginacion mas fecunda formarse idea ni aun aproximada de las impresiones suministradas por nuestros sentidos?

Cuando nos permitimos hablar y formar errado juicio de algun objeto desconocido, ¿no decimos al punto: tenemos de él la misma idea que un ciego de los colores?

¿Qué idea en efecto puede tener de los colores ni de las imágenes corpóreas el desgraciado cuyos ojos han permanecido siempre cerrados á la luz?

¿Qué idea tendrá de los sonidos quien con el nacimiento se encontró privado del oido?

¿Puede llegarse á adquirir una idea precisa y exacta de un país que no se ha recorrido?

Solo los pintores, los poetas y los literatos tienen este singular y poco envidiable privilegio. Mas despues de leer sus brillantes quanto seductoras descripciones de sitios y de lugares, ¿podríamos sin guia marchar por su intrincado laberinto?

Para conocer, pues, una verdad médica, es indispensable haberla visto, haberla observado, haber segui-

do con atento y escrupuloso cuidado todas sus particularidades durante la vida, y con el mayor cuidado y proligidad los rastros que nos ha dejado que contemplar y estudiar despues de la muerte. Sin estos indispensables medios jamás llegaremos á conocer nada: esto se concibe fácilmente; mas, se dirá: ¿son inútiles y de ningun valor las descripciones exactas de los autores? ¿De nada aprovechan las observaciones, que fruto de una larga y concienzuda esperiencia nos han trasmitido nuestros respetables mayores? Lejos de nosotros tal afirmacion. Pero sin dejarnos imponer por este sorprendente argumento, apreciemos en su justo valor estas dos clases de instruccion, y veamos qué diferencia existe entre un hombre que tan solo lee, y el hombre que vé.

El primero llegará á ser sábio de gabinete, de especulacion; el segundo, viajero que no habrá perdonado sitio ni ocasion por escabrosa y escondida que aparezca: aquel dudará, este no, el lector tiene necesidad de creer: el que vé, examina, compara y juzga y describe con fidelidad cuanto ha visto: la memoria puede conservar infinitos nombres y descripciones de objetos, cuyo valor solo conocerá quien los vea, quien los toque; entonces, y solo entonces, podrá leer con fruto y apreciar las doctrinas de los grandes maestros, aprovechando verdades sin incurrir en errores.

Hé aquí consignada indudablemente la utilidad de las buenas descripciones, que enseñándonos á observar mejor, fijan nuestra atencion, y de un modo mas fácil y hasta agradable, sobre las verdades tan buscadas como apetecidas.

Pero leamos despues de haber visto , consultemos despues de haber observado , de este modo se gravarán mas profundamente en nuestra memoria los fenómenos observados; pero jamás estos estudios usurparán su lugar á la esperiencia y observacion.

Es preciso interrogar á la naturaleza: este es el grande y único libro en que debe estudiar el médico , y las consecuencias hijas de la meditacion y del racionamiento, el único y posible MÉTODO FILOSÓFICO PARA INVESTIGAR, COMPROBAR Y DEMOSTRAR LAS VERDADES DE LA CIENCIA. Solo desterrando las fábulas y las tradiciones propias de la ignorancia , de una supersticion grosera, y de las preocupaciones populares , es como pueden justipreciarse los hechos importantes.

Las concepciones elevadas, la influencia de una instruccion esmerada , la importancia de las impresiones recibidas, la indole de los estudios y trabajos hechos, la firmeza de voluntad y las circunstancias que han impulsado ó detenido su marcha natural y progresiva, son los apreciadores indestructibles de los hechos, y la base del método filosófico que debe adoptarse para describir la vida y sus diversas manifestaciones, observadas en la larga série de muchos siglos, y trasmitidas al nuestro por la historia, como enciclopedia del desarrollo progresivo de la humana inteligencia en el tiempo y en el espacio.

HE DICHO.







UVA BHSC DEG\_1\_4\_891